

Pero lo peor es que, bajo la misma sugestión de los educadores, tome a Dios como un guardia, que asoma en cuanto quiere cometer alguna travesura».

Es psicológicamente profundo y está deliciosamente expuesto el capítulo dedicado al esfuerzo y a la aplicación: véase, por ejemplo, el fragmento siguiente: «C) *Los ademanes del actor*.—La segunda circunstancia que favorece el estudio, es a la vez fisiológica y psicológica. Consiste en hacer voluntariamente los ademanes o acciones que preceden al trabajo intelectual, en lugar de fomentar pensamientos que alejan de él. Es inútil, es dañoso repetir consigo mismo que un deber es enojoso; es mejor, aunque uno lo piense, obrar como si nada ocurriese, sentarse a la mesa, tomar el libro, abrirlo, tomar el cuaderno y la pluma, y escribir de rondón... a lo menos la fecha, el título, o cualquiera otra cosa. Con mucha frecuencia, el acto de poner en movimiento el mecanismo cerebral necesario para estos preámbulos fáciles de ejecutar, y sostenido por el lado atractivo y aún divertido de esta militarización de la actividad, basta para poner el espíritu en marcha, para fijar la atención y hacer olvidar el enojo».

Hemos tenido siempre el mismo parecer que el autor —criterio opuesto al común en nuestro medio— sobre las ficciones naturalmente mentirosas relativas al paso de San Nicolás con su jumento o al descenso del Niño Jesús por chimenea, y que en nuestro país tienen otra advocación; jamás deben los padres engañar a sus hijos.

Igualmente respecto de la necesidad de que los padres ni mientan a sus hijos ni les impongan silencio, imposición que es estímulo de curiosidad, cuando éstos les preguntan sobre de dónde han venido al mundo. Las normas de «simplicidad, precisión y decoro» para sus contestaciones que expone el autor, son perfectas.

Laudable cuanto dice sobre educación patriótica, hermanada con el fomento del amor a la Humanidad toda.

Impresionantes sus datos sobre el suicidio en la adolescencia rusa, que muestran el desolador vacío que en el corazón juvenil produce la pedagogía bolchevique.

PEDRO FONT PUIG

El espíritu filosófico de la época socrática

Existe el grave riesgo de creer que el espíritu filosófico, que encarna la figura de Sócrates, nació como generación espontánea con este coloso del pensamiento. Se ha insistido poco en la consideración del factor literario, concretamente la Retórica, como determinante principal del nacimiento del método filosófico. Además es difícil sobreponerse al juicio tradicional sobre los sofistas, que ha dado a este apodo un sentido peyorativo, el más repulsivo en el orden intelectual.

Los *sofistas* vinieron a servir unos intereses que están en la entraña de la humanidad y cuyo valor, por lo mismo, es perenne. El que se quedasen a medio camino, no justifica el olvido de sus aportaciones positivas al progreso del pensamiento, por la admisión irreflexiva y absoluta del juicio platónico, inspirado en buena parte en la rivalidad personal de magisterio y escuela. Además es preciso tener presente que los sofistas, excepto Protagoras y quizás Gorgias, no compartieron ningún ideal filosófico común. Ante todo fueron maestros de Retórica y Política, surgieron por exigencia de una época y, en cierto modo, llenaron plenamente su cometido. También la filosofía sacrática nació para servir una necesidad, corregir los excesos de la sofística retórica.

No voy a ocuparme ni de los sofistas, ni de Sócrates, en detalle, en un empeño inútil por resumir un período de la Historia de la Filosofía. Ceñiré el desarrollo del tema a la exposición de la génesis del espíritu filosófico en una época que apodamos simplemente socrática, según el genial depurador de la técnica retórico-sofística y creador del método filosófico propiamente dicho.

PRECEDENTES.

La filosofía presocrática es ya una revelación de la capacidad dialéctica de los griegos. Aportó un conjunto de nociones y métodos sin el que el progreso posterior no se hubiese dado. Ella

arrumbó el mito e ingresó en la síntesis filosófica el precepto utilitario, desplazando así a Hesíodo de su magisterio filosófico-práctico (conocido es el menosprecio con que le distinguió Heráclito). La creencia tradicional y la sabiduría popular emanadas del ΑΙΝΟΣ hesiódico no contaron ya de un modo positivo para los adelantados del pensamiento. Hasta la mitad del siglo V el pensamiento filosófico se propuso desentrañar el problema del SER en el que se atascó y que dejó sin resolver, desentendiéndose de la reflexión sobre la conducta que quedó para poetas y legisladores. Pero una serie de circunstancias revalorizaron este aspecto y de este modo contribuyeron por igual a la renovación del pensamiento filosófico. Pueden reducirse fundamentalmente a tres: políticas, sociales e intelectuales. Ellas determinaron en un primer momento el decaimiento del poder de abstracción por lo extraordinario y absorbente de las realidades concretas con que tuvo que enfrentarse aquella generación, pero pronto la tendencia generalizadora típica del espíritu griego se impone ya con los representantes más conspicuos de la sofística, para tomar forma filosófica auténtica con Sócrates.

En el orden político las victorias de Maratón y Salamina son quizás el hecho más importante de las historias de Grecia y uno de los más trascendentales en la historia de la cultura. La revolución que precipitaron cambió la faz de la Hélade en todos los aspectos. La Confederación jonia se convirtió pronto de hecho en dominio de Atenas. La enorme distracción de fuerzas en las rutas del mar, sin precedentes en la historia hasta entonces, determinó la estimación política del elemento popular y la acentuación progresiva de la tendencia democrática de la Constitución antigua, por obra de hombres como Efiálfes y Pericles, racionalistas e innovadores, que desarrollaron sus principios geoméricamente y aseguraron la nueva organización, todavía rudimentaria y brutal. Esta intemperancia racionalista convirtió al ciudadano en esclavo de la ciudad y costó a los griegos duros quebrantos, pero no cabe duda de que impulsó el progreso del pensamiento de un modo maravilloso. A la política imperialista de Atenas y al carácter democrático de su constitución hay que añadir otro factor político-social de extraordinario interés, la enorme afluencia de metecos, extranjeros y esclavos, en desproporcionada mayoría con respecto al número de ciudadanos. Se rompe la antigua unidad y con el relajamiento del vínculo colectivo se desarrolla vigorosa la personalidad individual con una ilimitada aspiración de libertad.

En el orden intelectual cabe registrar tres hechos; en primer lugar, la *especialización técnica y científica*. La filosofía hasta entonces se confundía con la investigación científica, pero de su tronco básico van separándose sucesivamente nuevas ramas. La Medicina que tiempo hacía había perdido su carácter sagrado o

sacerdotal, se erigió por fin en disciplina independiente; la mayoría de los escritos de la colección hipocrática pertenecen a la segunda mitad del siglo V. En esta época se constituye la Historia: Heródoto acaba su obra hacia 430 y Tucídides es un discípulo de los sofistas. Se dan matemáticos puros como Enópides e Hipócrates de Quíos; astrónomos como Metón, el reformador del calendario ático; se escribe sobre agricultura, táctica, etc., etc. En segundo lugar se siente *la necesidad de una educación política*. El pueblo organizado en democracia y dueño de sus destinos se interesaba por las cuestiones doctrinales, que gustaba de captar en los oradores del ágora. La prioridad del agua o del fuego, la divisibilidad o indivisibilidad del UNO le hubiera preocupado muy poco. El pensador interesa a la masa cuando se ocupa de cuestiones de interés actual y especialmente morales, pues la ventaja inmediata impresiona siempre y los preceptos morales, latentes en el alma colectiva, son bien acogidas por ésta. El análisis moral o psicológico, al servicio primero de la intriga política, amplió el campo y el auditorio de la filosofía, proporcionándole un público rico, activo e inteligente. Por fin el *humanismo desplaza al naturismo* de la filosofía anterior. Las contradicciones de las cosmologías del siglo VI y V motivaron el descrédito de la Metafísica y centraron la atención especulativa en el hombre.

LA APORTACION DE LOS SOFISTAS.

Así estaban las cosas hacia 425, cuando atraídos por el esplendor de una ciudad dueña del mundo oriental, capaz de pagarles y aplaudirles, afluyeron a Atenas unos extranjeros que en su ágora ofrecieron la mercancía de su saber primitivo: isleños como Pródicos de Ceos, sicilianos como Gorgias de Leontion, un tracio, Protágoras de Abdera, Hippias de Elis, etc., etc. Atenas se convirtió en el centro espiritual de este movimiento, y es digno de notar que, si se exceptúa a Protágoras, que empleaba el dialecto jonio, todos los sofistas se sirvieron del dialecto ático, cualquiera que fuese su procedencia, desempeñando algunos un papel importantísimo en la creación de la prosa artística.

La tendencia sofística, como hemos observado ya, no fué el resultado exclusivo de puntos de vista personales, sino una etapa necesaria en el proceso de la cultura griega, llena de sugerencias y estímulos. Para enjuiciarla no debe tenerse en cuenta solamente la crítica interesada de Platón, Aristóteles y el propio Aristófanes. El solo hecho de haber suscitado un vivo y apasionado torneo espiritual, en el que intervinieron los más grandes pensadores, bastaría para concederle el importante puesto que merece dentro de la historia del pensamiento griego. Desempeñó la So-

fística un papel parecido al Renacimiento italiano, exaltando el individualismo y convirtiéndolo en exponente de una época.

Dos razones explican el éxito y la acogida dispensada por Atenas a estos aventureros, una de tipo práctico y otra psicológica. Se sentía en la nueva democracia, que con demasiada premura se hizo con la libertad y un Imperio, la urgente necesidad de una educación, de la que se carecía, que les proporcionase los recursos necesarios de que valerse en la lucha por la vida, especialmente para el cumplimiento de sus deberes políticos. Se creyó encontrar el camino más adecuado en el adiestramiento del pensar, en el dominio del discurso y en el arte de la persuasión. Psicológicamente el gusto natural por la forma artística, en la expresión del pensamiento por la oratoria, explica el enorme ascendiente de la Retórica sofística. Basta leer los diálogos platónicos para darse cuenta del prestigio de que gozaba un Protágoras entre la juventud de su tiempo. Y es que seducía poder triunfar ante grandes masas en la prosecución de un fin utilitario y constituía un poderoso atractivo la misma diversión que proporcionaba la esgrima de la palabra. De cómo incluso en este aspecto los sofistas sirvieron una exigencia pública nos da un valioso testimonio Tucídides, III, 38, 5. Censurando la perniciosa sensibilidad del pueblo ateniese ante un discurso elocuente, por boca del demagogo Cleón lo compara a un auditorio de sofistas, espectadores de teatro, que ponen su placer en la paradoja y en la forma. Para él ΣΟΦΙΣΤΗΣ es igual que ΠΗΤΩΡ.

El nombre ΣΟΦΙΣΤΗΣ, con que se les designa, significa el que profesa ΣΟΦΙΑ y se aplicó en un principio indistintamente a los poetas (Píndaro), a los Siete Sabios y a Pitágoras (así Heródoto en distintos pasajes). Su empleo insistente por Platón, Aristófanes y Aristóteles es intencionado y tiende a caracterizar peyorativamente a un grupo determinado de representantes de un movimiento intelectual, cuyos rasgos comunes consideraremos objetivamente, prescindiendo del juicio interesado de aquellos autores y poniendo de relieve sólo lo que ha constituido una aportación positiva al progreso del pensamiento filosófico. El aspecto que ofrece mayores posibilidades de identificar el carácter común de los sofistas es el externo, es decir, el fin que perseguían, metodología que adoptaron y la forma con que revistieron sus enseñanzas. En cuanto a la ideología no cabe decir lo mismo, pues fué distinta entre ellos y sólo en muy contados casos tiene alcance filosófico.

I) FIN. — Imprimió a todos los miembros del gremio sofista un carácter común la profesión consciente de un ideal formal de educación, el reconocimiento de una medida valorativa, no objetiva, sino más bien estético-técnica. Esta profesión de fe en un

ideal retórico puede compaginarse con todos los intereses objetivos posibles y existir también independientemente. Sin embargo cabe señalar, y ello es muy importante, que este interés retórico estaba supeditado, por lo menos en los representantes más aventajados, a un ideal superior y más noble, constituirse en maestro de la vida política. Aspiraron a conseguir su ideal, incrementando la formación espiritual, cualquiera que fuese su opinión sobre la manera de realizarla. Las raíces de la educación sofística están en la política y en la ética. Toda la educación política debía fundarse en la elocuencia y para facilitarla como aptitud intelectual y oratoria, que en el siglo V era lo decisivo, cobraban los sofistas. Esto que los antiguos censuraron, a los modernos no nos parece tan mal. No llamaron *ciencia* a su teoría y arte de educación, sino TEXNH (arte práctico). El sofista cuando enseña política, denomina a su profesión TEXNH política y se ocupa de lo que hoy llamaríamos Derecho Político (cf. Plat., *Prot.* 319 A). Para Protágoras ésto constituye la auténtica educación y el vínculo espiritual que mantiene unida la comunidad y la civilización humana. No todos los sofistas alcanzaron una idea tan elevada de su profesión. La mayoría se daban por satisfechos con transmitir simplemente sus conocimientos prácticos. La posición central que asigna Protágoras al hombre caracteriza la tendencia espiritual de su educación como HUMANISMO, es decir, sobreordenación de la educación humana frente a todos los intereses técnicos. Esto fué decisivo para la Filosofía.

II) METODO. — Se caracteriza por un extremado pragmatismo, que se manifiesta en los cuatro recursos típicos:

I. ANTILOGIA, enseñada por el más grande de todos ellos, Protágoras, consistente en razonamientos basados en actitudes opuestas respecto a un mismo tema, para defenderlo o impugnarlo, según la posición del antagonista. Su influjo fué enorme en todas las manifestaciones del pensamiento griego, dando lugar a los «pares en contraste», que se observan ya en el teatro de Sófocles (Ajax y Menelao en *Ajax*, Creón y Antígona en *Antígona*) y especialmente en los discursos políticos por pares en Tucídides, quien los introduce en su Historia con el mismo término de *antilogía* (καταστάσης δὲ ἐκκλησίας, ἐς ἀντιλογίαν ἤλθον).

2. TO EIKOS (probabilidad), de extraordinario uso en los tribunales, argumentación consistente en determinar mecánicamente como obrará una determinada persona, dadas sus condiciones físicas o morales, sin dejar margen a otras consideraciones. Este recurso tomado de la técnica hipocrática es tan positivo, que raya en materialista; la conducta sería simplemente el resultado de fuerzas naturales. Aplicado a una clase, a un pueblo, adquiere este argumento trascendencia enorme; de ahí la posibilidad de someter la conducta, como las reacciones del cuerpo

humano, a análisis y previsión (πρόγνωσις). Por ello Tucídides creyó en la perpetua vigencia de su libro: las dos fuerzas de su tiempo, que analiza magistralmente, democracia y oligarquía, obrarían siempre de la misma manera en el futuro. Tucídides, a quien había de seguir Tácito, aspira a hacer de su historia un manual para futuros hombres de estado, sirviéndose como principal instrumento de la πρόγνωσις, que persigue con empeño a través de los discursos de su obra. Así refiriéndose a los movimientos revolucionarios de Corcira dice en III, 82, 2: «calamidades que ocurren y ocurrirán siempre, mientras la naturaleza humana sea la misma». TO EIKOΣ tiene su fundamento en uno de los rasgos más salientes de la mentalidad griega, su interés por lo genérico.

3. TO SYMPHERON (lo útil). Los hombres tienden a lo que les reporta provecho, en manifiesto contraste con TO DIKAION, TO KALON, ideales anteriores a la época. Así se observa en dos de los autores más directamente influidos por la sofística. En Eurípides, *Medea*, 545-7, ante los reproches de la heroína, Jasón se justifica de haberla abandonado por una mujer más rica, con el interés de aquella y de sus hijos; en Tucídides I, 32, 43 la decisión de Atenas de ayudar a Corcira frente a Corinto es puramente utilitaria, dice literalmente: «si os dejáis convencer, la coyuntura de nuestra petición os será ventajosa en muchos aspectos», prescindiendo de toda otra consideración de justicia o injusticia.

4. PHYSIS (naturaleza, modo de ser; relacionado íntimamente con el concepto de probabilidad). Antifón en los fragmentos de Ἀλήθεια muestra que las leyes de la naturaleza gobiernan la conducta humana con más fuerza que las inconsistentes leyes sociales: si se quebrantan aquellas, el castigo es indefectible; si las últimas, es sólo posible. La consecuencia es el fatalismo o negación de la libertad humana y por consiguiente del mérito y de la responsabilidad. Su eco se deja sentir también en la literatura de la época; Jasón dice a Medea que no tiene porque agradecerle nada, por cuanto ella, al hacerle objeto de su amor, obraba a impulsos de la pasión: en otro pasaje Medea lamenta el daño que causa a sus propios hijos, pero tranquiliza su propia conciencia diciendo que *no puede* evitarlo. Del mismo jaez son las razones que los embajadores atenienses esgrimen en Esparta para justificar su imperialismo y que condensa Tucídides I, 76, 2 con fuerza y desenfado: «Ha sido siempre ley que el más débil esté sometido al más fuerte».

III) FORMA. — Otro rasgo común, sin duda el más característico, es el aspecto formal, la prosecución de la habilidad retórica (δεινότης τοῦ εἰ λέγειν). El fin de la Retórica era la persuasión (πειθοῦς δημιουργός ἢ Ῥητορικὴ dice Platón), no buscan-

do la verdad absoluta, sino persiguiendo lo verosímil (τὸ εἰκός), a fin de que se creyera y así ganar la causa. Nacida con un fin eminentemente práctico, como es el foro, la Retórica no fué en sus comienzos ni filosófica ni artística. Procedente de Sicilia, los primeros maestros son extranjeros, la encumbran los sofistas y es en Atenas donde alcanza su máximo esplendor. Antifón le dió carta de naturaleza con su doctrina y discursos.

Los modernos consideramos la Retórica como una decoración, en cambio no fué así para los antiguos. En el *Fedro* el propio Platón intentó poner la Retórica al servicio de la Filosofía y así rehabilitarla. Aristóteles la llama «arte derivado que toma el método de la lógica y el contenido de la ética política». Y conocido de todos es, que a sus dictados estuvo sometida toda la literatura clasicista hasta tiempos relativamente recientes. En cuanto al uso y abuso que los sofistas hicieron de la misma, más que de inmoralidad, cabe hablar de desplazamiento de la investigación objetiva por los frívolos juegos verbales, que derivaron en petulancia charlatanesca, falta de seriedad científica y en osar hablar de todo, sin saber nada. El fondo dominante es una frivolidad vanidosa, la primacía de la palabra, el alarde de elocuencia (ἐπίδειξις).

De todos modos, tampoco aquí su esfuerzo fué estéril, aunque no fuese precisamente la Filosofía la que resultó beneficiada sino el arte de la palabra. Analizaron significados, matices y su valor musical, acoplándolas de modo que agradasen al oído, encantaran la imaginación y sorprendieran el asenso de la inteligencia; aunque este virtuosismo de la palabra, sin fondo intelectual ni emotivo, llevaba en germen la decadencia y la falta de seriedad del helenismo posterior a Alejandro. Fueron ellos quienes dividieron el discurso y esquematizaron la dialéctica oratoria a base de lo verosímil; contribuyeron a la precisión en el estilo a base de profundas investigaciones personales sobre las figuras y el ritmo. Aunque no legaron obra maestra, prepararon su camino y las hicieron posibles. A su influjo se debió en la oratoria política la sustitución de las antiguas pruebas judiciales, primitivas y brutales (testimonios, tormentos, juramentos) por la argumentación lógica de la prueba, introducida por la Retórica.

IV) IDEOLOGIA. — La antigüedad los agrupó sin distinción bajo el lema de Protágoras τὸν ἥττω λόγον κρείττω ποιεῖν (=convertir la peor causa en la mejor). Atribuyó a todos ellos lo que sólo resalta en los representantes más caracterizados, cierto relativismo o escepticismo metafísico y científico, consecuencia natural de la diversidad de explicaciones de la filosofía jonia para dilucidar el problema del SER y su fracaso común. Las cosas se reducirían a ideas y estas a palabras y de ahí el

concepto de ciencia como arte de sacar provecho de las palabras, como mera cuestión de forma y argumentación. La ciencia suprema es el ὀρθὸς λόγος. La verdad consiste en la hilación de ideas; la falsedad en su ausencia. Es esta una lógica escéptica; la verdad objetiva no existe.

Nada más inexacto que atribuirles a todos ellos tanta capacidad de abstracción. Lo único en que coincidían todos los sofistas era en una concepción formal de su misión educadora. Ahora bien, con este interés retórico central se unían intereses objetivos secundarios diversos. En Antifón se junta al interés retórico el filosófico-natural; en Hippias el interés por la antigüedad propio de su preocupación enciclopédica y moralizadora, que domina en el anónimo Jámblico y también en Pródico; éste además se interesa por el aspecto lingüístico de la oratoria, investigando el significado de las palabras; Alcídamente pregona la fraternidad internacional y la injusticia de la esclavitud; igualmente Protágoras se ocupa de los elementos de la Gramática y amplía la doctrina retórica secundariamente a sistema filosófico. Todo en interés de la Retórica: el cómo es más importante que el qué, de acuerdo con el principio de que «el que habla mejor es también el mejor absolutamente». Gorgias y Trasímaco son exclusivamente retóricos.

Entre los sofistas Protágoras es el único que tiene interés filosófico independiente, aunque condicionado por la Retórica; es el único que puede aspirar a un lugar en la Historia de la Filosofía. Aunque Antifón reproduzca ciertas ideas de la Física de Empédocles, aunque Gorgias determine algunos conceptos partiendo de esta física y Pródico haga a la naturaleza objeto de ciertas exposiciones artísticas, todo esto la Historia de la Filosofía Griega lo podría consignar en dos o tres breves observaciones. Sólo el Abderita, aunque partiendo de la Retórica, elevó sus postulados o supuestos a lo principal, remontándose a una opinión independiente, relativamente justificada y valiosa, sobre la esencia del conocimiento humano. Protágoras es el único al que Platón sintió la necesidad de explicar objetivamente. En el *Teeteto* juzga a Protágoras como filósofo, le menciona junto a Heráclito, Parménides y Empédocles como σοφός (*Teet.* 52 E).

El retrato que aquí Platón hace de Protágoras honra al sofista y completa su figura como pensador, orador y hombre. Protágoras, dogmático y dialéctico, anuncia con énfasis que la verdad no existe y al mismo tiempo añade que, aunque todas las opiniones son igualmente verdaderas, la suya es la genuina. Su dogmatismo lo funda en la conciencia de su propia personalidad de sofista «sabio y bueno». El entiende por sabio el que posee el conocimiento objetivo y la técnica retórica, conoce la realidad y la ve polifacéticamente; el que ve el mayor número posible de λόγοι que hay en la realidad y lleva lo más lejos

posible sus consecuencias. Esta para él es función del orador. El profano ve en cada cosa un *logos*, de acuerdo con sus tendencias naturales; sin embargo el orador, el iniciado, ve todos los λόγοι desapercibidos, con lo que su influencia sobre el menos formado queda justificada. El más capacitado para lograr ésto es el orador formado artísticamente, cuya misión consiste en agotar todos los λόγοι en cada cuestión.

La superioridad retórica para él es absoluta, porque comprende toda otra formación: «el que posee el arte del discurso tiene a su vez la verdad objetiva», no la más verdadera, pero sí la más perfecta concepción y por ello superior a todas las demás. La identificación de la superioridad retórica con la superioridad absoluta aparece en toda la obra de Protágoras y, aparte el carácter retórico que da a su filosofía, hace del mismo el representante más profundo y consecuente del ideal retórico-formal de la Sofística. Es rétor dialéctico el que es capaz de sostener sobre la misma cuestión discursos opuestos, de ahí la confusión entre pensador y orador. Para Protágoras los dos λόγοι opuestos no son verdaderos porque tengan fundamento real en el SER, sino porque tienen *fundamento discursivo*, como recursos para fundamentar las opiniones dudosas por medio de la oratoria. Protágoras fundamentando filosóficamente la Retórica afrontó la teoría del conocimiento por primera vez, abstractando el principio de la verdad relativa y convirtiéndolo en fundamento de un concepto filosófico del mundo.

En cuanto a Gorgias su escepticismo es sospechoso. El es fundamentalmente retórico. La obra que se ha querido considerar filosófica περί φύσεως ἡτοῦ μὴ ὄντος (su profesión de escepticismo) tiene su puesto más bien en la Historia de la Retórica que en la Historia de la Filosofía; es παίγιον (juguete literario) como lo prueba su comparación con *Helena* y *Palamedes* (dos trabajos por el estilo), el propio testimonio de Isócrates y el silencio que sobre esta obra guardan Platón y Aristóteles; capricho retórico con el que, más que ironizar la filosofía, parece ser que Gorgias pretendía demostrar que también en el campo filosófico su τέχνη podía llegar a hacer creer lo absurdo. En los escritos de Gorgias, antes que su valor objetivo, que es nulo, interesa su significado retórico.

Sin duda la obra de los sofistas es defectuosa. Aunque la consideración de que gozaron fué inmensa, la ejercitación retórica era una ocupación aristocrática, precisamente por ser cara. El halago de la juventud rica despertó la eversión del pueblo y del sentimiento tradicional, por cuanto daba en la insolencia, en el escepticismo y en la inmoralidad. Los sofistas aspiraban a constituir una selección, racionalista e innovadora, de la que el pueblo se dió pronto cuenta que saldrían los futuros oligarcas y tiranos (basta recordar a Alcibíades). Sin embargo, pese a su

formalismo y carencia frecuente de objetividad y sinceridad, fueron los iniciadores del primer movimiento humanista y universalizaron la cultura, arrancándola del seno de las viejas escuelas; introdujeron una nueva metodología en la investigación de todos los problemas individuales y sociales. Fueron los promotores de la epistemología y, partiendo de la Retórica y la Gramática, contribuyeron a la constitución de la Lógica, que se consumará con Platón y Aristóteles.

REACCION SOCRÁTICA.

Para valorar debidamente el papel de Sócrates en el progreso de la Filosofía, hay que relacionarlo con los grandes hombres de la época. Tomó de Protágoras la técnica erística; su afán por determinar conceptos se relaciona con la teoría del significado de los nombres o Sinonimia de su maestro Pródicos. Parece así mismo haber compartido muchos puntos de vista con el Abderita referentes a la transformación de la justicia por circunstancias especiales (cf. *summum ius summa iniuria*), a la posibilidad de educar la capacidad intelectual, al sorteo de los cargos públicos, las pretensiones al gobierno de los sabios, igualdad de los sexos ante la ley...

A pesar de todo, le separa de la Sofística una profunda sima. Aquella tenía como centro la veneración por la forma artística: «el más hábil en fundamentar un argumento es el más capacitado». Ante este mundo de la bella apariencia aparece Sócrates preguntando «cómo es la realidad»; no interesa el arte (discurso largo o breve) sino cómo es aquella y cómo puede demostrarse. Se trata de dos puntos de vista, de dos conceptos de educación, de dos ideales distintos. De ahí el desprecio del filósofo por el saber altanero de los sofistas, toda vez que de las cosas no sabían más que sus oyentes, aunque las dijeran mejor, y el desprecio de los sofistas por el insignificante ateniense que les ponía en apuros con su vulgar lenguaje.

Los discípulos de Sócrates oponen a su maestro cada uno de los sofistas, como representante de la dirección opuesta. Así en el *Gorgias* Platón opondrá a su maestro con el más retórico de los sofistas y hace que condene fundamentalmente toda la Retórica como arte de apariencia y por tanto mala. Esta lucha hizo a Sócrates, que no hubiese sido tal, de no haber crecido en la atmósfera de la dialéctica sofística; ni Antístenes tampoco, si no hubiese aprendido de los sofistas la agudeza paradójica; ni Platón, si no hubiese tomado de los sofistas el polifacetismo inventivo del pensamiento y la perfección artística de la lengua y no lo hubiese puesto al servicio de los postulados socráticos.

Una composición socrática a lo Platón (λόγος σωκρατικός, según Aristóteles) es una obra dramática, un mimo filosófico

en que Platón mezcla ficción con realidad y se hace muy difícil, o poco menos que imposible, precisar lo que es socrático y lo que no lo es. Sin embargo se destacan dos aspectos de la metodología socrática, la definición y la inducción. Partiendo de cuestiones morales, tendió a definir universalmente, buscando la *esencia* (τὸ τί ἐστιν). Fundamentó la ciencia sobre la definición universal y sobre el razonamiento inductivo (ἐπακτικοὶ λόγοι). Hay que atribuirle también el esfuerzo por delimitar exactamente el tema a examinar, *hipótesis*, como punto de partida para la inducción. Es típica su *ironía*. Su sencillez era a veces un ardid. Sus arranques ditirámicos iban acompañados de una reflexión sobre la propia debilidad y una advertencia al oyente de no pisar entonces terreno científico, con lo que se ganaba la autorización para abandonarse más a su fantasía. Con él entra por primera vez en la literatura griega la ironía ligera y fina, como revancha discreta del espíritu contra la petulancia y el desconocimiento de las cosas. En cuanto a la *mayéutica* (ayuda al parto intelectual), recurso del que nos habla Platón en el *Teeteto*, quizás se trata de una sugerencia platónica motivada por la profesión de la madre de Sócrates, Fenareta.

Su ideología representa la condena de la erudición sofística y la valoración de la conciencia individual, que se libera de toda autoridad tradicional, lo cual es la principal acusación de Aristófanes contra Sócrates. El γνώρι σεαυτὸν (= conócete a ti mismo) da al método socrático un contenido permanente frente a la falta de objetividad del formalismo sofístico. Además identificando el bien del hombre con su esencia, eleva el pragmatismo brutal de los sofistas a utilitarismo intelectualista. En su eudemonismo se afirma que el bien del hombre es la virtud; nadie es malo por voluntad, sino por ignorancia; por tanto, virtud es ciencia y maldad es ignorancia. La consecuencia práctica de este logicismo moral es un ascetismo tendente a sacrificar todo lo sensible y contingente, en interés de un fin superior. El hombre esencial es el *Sabio*, ideal de humanidad que perseguirán las escuelas posteriores.

El ascetismo socrático, que recuerda el pitagórico, representa una extraordinaria elevación moral frente a la insolencia y ambición rastrera de los sofistas. Sin embargo, nada hay en Sócrates que justifique su canonización destemplada por Erasmo, o la blasfema comparación con Jesús. Autor hubo al principio de nuestro siglo que prefería el sistema socrático a la doctrina del Maestro, como más intelectual y coherente. Incluso se le dieron «evangelistas», un Marcos prosaico y sensato en Jenofonte, y en Platón un apóstol intemperante e innovador como el «pseudo-San Juan». Este entusiasmo bufo e impío apenas hay hoy quien lo comparta. Sócrates representa una reacción personal violenta frente a las condiciones en que se desarrollaba la

formación intelectual de los sofistas, pero dentro de un plano absolutamente natural. La mejor prueba de ello es el haberse servido del mismo método sofístico para destruir la antigua física y la misma sofística hasta tal punto que Aristófanes no alcanza a distinguir entre él y los sofistas y, no solamente por ironía, Platón hace de Pródico uno de los maestros de Sócrates. No es un genio intemporal. Es un hombre de su tiempo y que ha recibido su cultura. Además hay que contar con que su obra, cuyo auténtico alcance a duras penas es posible precisar a través de los testimonios de sus coetáneos y discípulos, ha pasado a la posteridad exaltada y refundida por el genio del *divino* Platón. De todos modos no cabe duda que la reacción socrática representa una renovación radical y el descubrimiento de nuevas directrices del pensamiento.

Los griegos empezaron por llamar filósofo al que tomaba una actitud inquieta e interrogante ante la vida. En este sentido más que ningún otro Sócrates era filósofo. El *δαίμων* socrático constituye la epifanía del espíritu filosófico, latente en la tendencia generalizadora del pensamiento griego anterior, cuyos esfuerzos Sócrates encaja definitivamente dentro de la órbita de la auténtica Filosofía.

FRANCISCO SANMARTÍ.

Reflexiones Jurídico-coloniales en torno al proceso de Jesús

El carácter divinamente humano del SANTO EVANGELIO que a nosotros, hombres, tan grata nos hace su lectura, invitándonos a meditar con siempre renovado fruto, da a lo narrado una fidelidad y precisión que sobrecoge.

Escrito para dar testimonio de la vida y obra de JESUS, Verbo Encarnado y fuente de toda enseñanza, la exactitud del hecho es elemento constitutivo de la verdad de la doctrina contenida en sus palabras, su conducta o sus milagros.

La actitud de CRISTO ante HERODES narrada por SAN LUCAS, *Interrogabat autem eum multis sermonibus. At ipse nihil illi respondebat* (XXIII, 9), está tan llena de significado activo como los más encendidos párrafos del Sermón de la Montaña.

La virtud de la humildad exaltada por JESUS hasta él más sublime sacrificio que ha existido en la historia del ser, se manifiesta, entre infinitas formas, en el hecho fluyente del texto evangélico que nos presenta a la Segunda Persona de la Trinidad Santísima, *súbdito provincial*, indígena, como diríamos en la actual terminología jurídica.

Y así, uniendo a la precisión de lo revelado la emoción sincera de lo vivido va perfilándose con austeros trazos un ordenamiento jurídico-colonial que es de ayer, de hoy, de siempre.

Anno quintodecimo imperii Tiberii Caesaris, procurante Pontio Pilato Iudaeam... (SAN LUCAS, III, 1).

Cuidadosamente ha querido el evangelista señalar el comienzo de los acontecimientos públicos que culminan en la Redención, situándonos ya inicialmente en contacto inmediato con una situación política: Imperio de un César y mandato de un gobernador sobre una nación, Judea, marco espacial de los hechos objeto de relato.